

COMPÁS DE ESPERA

María del Carmen Mestre

 Editorial
Metamorfosis

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Autora: Carmen Mestre
Diseño y maquetación: David Román

© 2023 Carmen Mestre
© 2023 Editorial Metamorfosis

ISBN: 978-84-126392-3-0
DL: PM 00125-2023

Índice

Capítulo I.....	7
Capítulo II	23
Capítulo III.....	29
Capítulo IV.....	33
Capítulo V	37
Capítulo VI.....	57
Capítulo VII	63
Capítulo VII	75
Capítulo IX.....	81
Capítulo X.....	85
Capítulo XI.....	95
Capítulo XII.....	99
Capítulo XIII.....	109
Capítulo XIV	115
Capítulo XV	125
Capítulo XVI.....	129
Capítulo XVII.....	133
Capítulo XVIII.....	135
Capítulo XIX.....	139
Capítulo XX.....	143

Capítulo XXI	149
Capítulo XXII.....	155
Capítulo XXIII	159
Capítulo XXIV	171
Capítulo XXV.....	179
Capítulo XXVI.....	187
Capítulo XXVII.....	193

I

La última vez que discutimos fue con motivo de la fiesta. Diego es reacio a toda clase de reuniones en las que asegura que tienes que sonreír a gente que no conoces, estrechar manos de recién presentados, y mantener conversaciones, la mayoría de las veces totalmente vacías de contenido, o por el contrario, de temas delicados, que llevan a la violencia discursiva o a la alternativa de rendirse al adversario, sólo porque la educación

exige no poner demasiada insistencia en la defensa de los argumentos contrarios. Y, ciertamente, tiene razón, pero también quería que comprendiese que no siempre hacemos lo que nos apetece, sino lo que conviene, y en este caso me convenía a mí salir de mi rutina y tener ocasión de vestirme de noche, y alternar con más gente de la que tengo a mi alcance de forma habitual, y que además, no podíamos hacerle esto a Julián que, con lo sensible que es, a buen seguro se lo tomaba como un desprecio y no hay que quedar mal con los amigos y me costó convencerlo porque como muchas otras veces, me decía que fuera sola y que le disculpase, alegando que su trabajo de médico le tenía muy ocupado, pero en esta ocasión no me apetecía presentarme sin pareja y, al final, a regañadientes, me dijo que le preparase el traje oscuro y que eligiese la corbata que me pareciera más adecuada, que a él le daba igual.

Unas dos horas antes de asistir al evento, entré en el cuarto de baño para realizar mi transformación de ama de casa aburrida en señora dispuesta a divertirse. Había que aprovechar estas oportunidades, porque Diego, a excepción de los viajes, no tenía más aficiones que retirarse a casa después del trabajo para leer y acostarse temprano para que las imágenes del televisor le sumiesen en un profundo sueño. Así que llené de agua la bañera con sales que convirtieron en espuma toda la superficie, y

me adentré en la tibieza del agua con la sensación de una sirena varada, que no siente ninguna necesidad de volver a pisar tierra firme. Sólo salí cuando la piel comenzó a ponerse rugosa y entonces, envuelta en el albornoz, fui a la habitación dispuesta a vestirme.

Aunque sabía que nadie tendría oportunidad de comprobarlo, elegí un conjunto de ropa interior de lo más fino, haciendo juego las dos piezas de un color rosa fuerte que contrastaba con el blanco de mi piel. Del armario saqué el vestido negro con adornos de lentejuelas en los tirantes y después, completé mi vestimenta con la pulsera de oro con pequeñas incrustaciones de rubíes, que me regaló mi madre cuando cumplí los treinta años, supongo que para consolarme de que me estaba haciendo vieja. Mi madre sabe que lo del paso del tiempo siempre me ha tenido muy preocupada. De pequeña, cuando llegaba mi cumpleaños lo pasaba muy mal siendo consciente de que dejaba para siempre el último año cumplido sabiendo que no podría volver a repetirlo nunca más y que se llevaba consigo todas las vivencias experimentadas a las que dejaba almacenadas en el desván de los recuerdos como objetos inservibles que no sabes si volverás a necesitar. Pero yo amaba todo lo vivido, aunque hubiera sido desagradable, porque era lo único que se me había concedido y era agradecida al hecho de vivir, que interpretaba como una ocasión de sentir y ese sentimiento

era lo que me hacía sufrir por el temor a que el tiempo me lo arrebatase. En el fondo, creo que lo que me ocurría era que no quería hacerme mayor. Cuando soplaban las velas y me pedían que expresara un deseo contestaba: que el tiempo se detenga, como un Peter Pan que tuviera la afición de permanecer siempre en la infancia. Tenía la impresión de que los años sólo me aportarían mayor cúmulo de responsabilidades y experiencias, pero no felicidad. Ahora, a mis cuarenta y ocho años, creo que las razones de entonces eran poderosas, y sigo sin que me agraden las felicitaciones por los aniversarios. También siguen sin hacerme gracia las noche viejas, aunque se disfracen de juerga con serpentina y orquestas de música estridente, como si pretendieran que no se hiciera consciente la realidad de que con ellas se arranca otra página importante del calendario. Por eso mi madre, que era muy detallista, intentaba compensar el disgusto del momento con algún objeto que me agradara, y como los treinta era ya un número importante, la pulsera estuvo en consonancia con el evento. Volví al baño para terminar de acicalarme y cuando salí, Diego ya estaba preparado para demostrarme que tenía muy buena presencia; el traje azul marino le sentaba muy bien y la corbata que le había elegido conjuntaba perfectamente con el tono de su camisa. Resultaba atractivo, y supongo que él no lo ignoraba, aunque siempre se abstuvo de comentarios

sobre aspectos físicos, y tan sólo los hacía desde el punto de vista profesional, porque no le quedaba más remedio. Ya en el coche, sentada a su lado, le pregunté por pura coquetería: ¿voy bien? a lo que me contestó: el que debo ir bien soy yo que es quien conduce. Intuía su respuesta y, sin embargo, siempre le voy mendigando un cumplido, o una frase de halago. Me resulta necesario porque siempre me he sentido muy insegura y preciso que me den aliento. Es algo irracional, porque dicen que soy una mujer guapa, y que me conservo muy bien, pero supongo, que como a todo ser humano, incluso la especie animal, agradece las atenciones y demostraciones de valoración y afecto. Como la carretera era estrecha y subía por unas curvas peligrosas, opté por acallar mis palabras con el propósito de que toda su atención estuviera puesta en poder sortear los distintos obstáculos que podrían surgir a lo largo del trayecto. Sólo pulsé el interruptor del CD para que una música clásica, muy suave, llenara el vacío de la falta de comunicación.

La entrada al chalet era como la de una fortaleza. Rodeada de muros de piedra y con altas verjas que lo protegían del exterior, el camino asfaltado daba paso a un jardín iluminado por multitud de focos que proyectaban su luz desde la misma tierra, y gran cantidad de farolas que daban color a las ramas más altas de las palmeras. Se notaba recién regado, porque llegaba el olor de tierra

mojada acompañando el de las flores de los parterres. En una gran explanada, que servía de aparcamiento, un chófer hacía las funciones de guardacoches indicando el lugar idóneo donde aparcarlos. Después de dejar el nuestro nos dirigimos hacia la casa. Desde antes de llegar al portal se oía la música de un cuarteto que interpretaba composiciones modernas. Junto a ellos estaba Julián y su esposa Lorena, impecables como siempre, de esmoquin blanco él, con un traje de seda ella, y una sonrisa propicia para la ocasión en que cada año, cuando Junio aseguraba la posibilidad del buen tiempo, reunían a sus amigos para hacerles partícipe de sus privilegios. La casa desde su altura, disponía de un panorama realmente espectacular. Daba la impresión de estar en la cabina de un piloto antes de aterrizar. Brillaban a lo lejos las luces de la ciudad, y se adivinaban los campos y caminos empequeñecidos por la distancia como un auténtico belén en el que no faltara la silueta plateada de un arroyuelo que conservaba una poca de agua de las últimas lluvias abrialeñas.

Un gran número de invitados repartidos por el césped y por las terrazas con copas en la mano y cigarros encendidos, parecía disfrutar de lo que sería una velada muy agradable. Unos camareros vestidos con chaqueta blanca y pantalón negro ofrecían de forma continuada bandejas con toda clase de aperitivos.

Julián nos había recibido con la simpatía que solía ser habitual en él. Satisfecho de compartir sus éxitos, no reprimía sus efusiones de amabilidad.

— Id pasando y tomad lo que queráis. Gracias por venir— decía, al tiempo que me besaba la mejilla y Diego hacía lo mismo con Lorena, cuya su expresión confirmaba lo que había dicho su marido.

A Julián Plaza sus amigos le llamaban “El poeta” porque éste era un aspecto de su personalidad que predominaba por encima de su profesión de contratista, trabajo, que al serle muy lucrativo en la época en que la construcción era un boom, le hizo abandonar su carrera de arquitectura, lo que no le impidió seguir manteniendo sus aficiones culturales y rodearse, siempre que le era posible, de intelectuales y artistas. En la fiesta, ya sabíamos que algunas caras famosas encontraríamos, la sorpresa era que cada año solían ser distintas, pues aprovechaba las que en aquella época estaban en la ciudad para evitarles un desplazamiento demasiado largo. Nosotros lo habíamos conocido por recomendación de un amigo, cuando le propusimos la reforma de una casita de aperos que había heredado Diego de sus padres. Era una pequeña choza en mitad del campo que servía para guarecer de la lluvia al pastor, que acompañaba el rebaño a pacer por los pocos matorrales de que disponía la finca. Julián había aceptado el proyecto con el entusiasmo

que le caracterizaba. Presumía de que para él no había dificultades sino menos facilidades, que no era lo mismo.

Como experto que era, de acuerdo con el arquitecto, y el permiso pertinente, pudo transformar lo que era apenas un cobertizo en una casa rural para un médico reconocido, lo que le sirvió para aumentar su prestigio. Diego me hablaba muy bien de Julián. Decía que le sorprendía el caudal de cultura que demostraba este hombre, lector empedernido, y agradecía poder mantener con él una conversación intelectual por encima de planos y proyectos puramente pragmáticos. Así que, a medida que la obra fue creciendo, también lo hizo la confianza y la admiración que Julián sentía por mi marido. Recuerdo el día en que llegó a casa con una carpeta que le había entregado diciéndole que esperaba de él un comentario sincero y crítico, porque, como científico especializado en el comportamiento humano, creía que sería capaz de aceptar estas muestras de su intimidad, como si hubiese depositado en sus manos el corazón. Lo cual preocupó a Diego que no se atrevía a mirar el contenido de la carpeta, porque por experiencia sabía, que los autores no suelen pedir opinión, sino un halago muchas veces imposible de dar, y que casi nunca resulta suficiente.

— Échale una ojeada— me dijo— y me dirás qué te parece.

Por fortuna, resultó que el texto era valioso y Julián demostraba una facilidad innata para la versificación. Aunque muchas veces se desligaba de la rima y la medida del verso, sus imágenes y juegos de palabras conseguían una belleza digna de ser compartida. A partir de entonces, la relación se fue haciendo más íntima y superó el aspecto puramente formal de trabajo para convertirse en una larga amistad de la que yo me hacía partícipe.

La música seguía sonando cuando, por indicación de Lorena, nos dispusimos a cenar. Frente a las copas, una tarjeta indicaba el nombre del comensal y en mitad de la mesa un centro de flores con una vela encendida daba el toque romántico a la velada. Como una invitada más, la luna acusaba su presencia sobre un cielo limpio de nubes y adornado con multitud de estrellas. El frescor era suave, tibio y algo húmedo, pero grato; sentía el aire posándose sobre mis hombros casi desnudos y agradecí su inocente caricia. A Diego la americana le resultaba molesta, sacó un pañuelo del bolsillo y se frotó la frente en un inequívoco gesto de calor. Estuve a punto de decirle que se la quitara, pero entonces el compañero de mesa acababa de sentarse a mi lado y me interrumpió.

— Me llamo Franz Shubert— me dijo sonriendo, y al ver mi mirada algo sorprendida me aclaró: —Sí, sí, como el músico, soy vienés, pero hace años que vivo en España ¿Y usted?

— Me llamo Susana y él es mi marido Diego. Encantada.

— Lo mismo digo. Yo soy ingeniero agrónomo y conocí a Julián porque me hizo un chalet muy bonito en esta misma urbanización. ¿Ustedes de qué le conocen?

Diego contestó por mí.

— También a nosotros nos hizo una casa pero en otro lugar, en el campo.

El vienes tenía ganas de conversación y no paró.

— ¿Qué es usted? Preguntó a Diego. ¿Qué hace para vivir?

Supongo que Diego sintió ganas de responderle que lo primero respirar, luego comer y más cosas, pero debió de pensar que no lo entendería y se limitó a contestar:

— Soy médico, especializado en psiquiatría y psicología.

— Vaya, como Freud. Yo he leído mucho a Freud. ¿Usted está de acuerdo con el psicoanálisis?

Empecé a sentirme incómoda porque adivinaba la incomodidad de Diego. Sé que detesta hablar de su vida profesional fuera de su trabajo y aquel hombre con su insistencia no parecía darse cuenta. Vi que volvía a secarse el sudor de la frente y entonces opté por ayudarlo a salir de la situación.

— ¿Por qué no vas al baño a refrescarte la cara y de paso te quitas la americana?— Se lo dije porque mu-

chos invitados habían decidido desprenderse de esta prenda y acomodarla en el respaldo de la silla. Diego me entendió y dirigiendo un disculpe a su vecino, salió en dirección a los servicios.

— Mi marido es muy caluroso, dije por decir algo.

— ¿Usted es médico, también?

— No. Yo soy decoradora de interiores. Quise ser médico y, de hecho, conocí a mi marido en la Facultad de Medicina. Él acababa la carrera y yo la empezaba pero coincidíamos en el bar y..

— ¿Por qué dejó usted la medicina?

No tuve más remedio que responder: —Porque descubrí que era incapaz de resistir una autopsia.

— A mí, aunque soy ingeniero, me interesa mucho la medicina y, sobre todo, la especialidad de su marido, porque la cabeza y los pensamientos creo que es lo más importante para estar sano. Si esto va mal, dijo señalando la sien, todo va mal ¿no cree?

Empezaba a estar algo cansada y lamentaba tener que reconocer que Diego tenía razón. El relacionarse con gente desconocida tiene el riesgo de que al no poder elegirla, es una especie de lotería en la que si tienes suerte amplías el número de amistades, pero a veces, como en esta ocasión me había tocado el vienés, que era tan pesado como kilos de más soportaba su cuerpo.

Llegó el momento de los brindis. Todos los invitados con la copa de cava en la mano expresamos en voz alta nuestros deseos de felicidad para los anfitriones. La orquesta, después de un descanso durante la cena, volvía a interpretar melodías de corte sentimental, evocador de un tiempo en que predominaba la armonía que propiciaba el romanticismo. Después de los postres, Julián y su mujer, como si fuera la celebración de una boda, bailaron el vals que abría a los invitados la ocasión de lanzarse a la pista. No tardaron en aparecer varias parejas meciéndose al compás de la melodía que sonaba en aquellos momentos, pero Diego detesta bailar y este es otro de nuestros puntos de vista diferentes, que he tenido que aceptar, aunque lo supe desde que le conocí. A él le gusta la música, aunque piensa que ha sido creada para ser escuchada, pero no bailada, al menos de la forma que él considera una excusa para abrazarse, y ni siquiera cuando me casé bailó el vals entero. Mientras sonaba, hizo un simulacro de tomarme por la cintura y me cedió inmediatamente a mi padre para que acabara con él lo que le parecía un ridículo espectáculo. Sonaron las notas del Danubio Azul y apenas había comenzado el baile, el vienés, poniéndose en pie me preguntó:

— ¿Podría bailar este vals con usted? Sólo para quitarme la añoranza de mi tierra.

Miré a Diego con una mirada de súplica para que me salvara de la situación. Lo último que me faltaba para rematar la noche era tener que bailar con él. Pero Diego no me ayudó, sino que me dijo algo así como “Baila, mujer, no le des este disgusto al señor”. Y de pronto, me encontré asida por la cintura y con la mano pegada a otra sudorosa que intentaba conducirme, a través de la pista, girando al compás del vals. Haciendo un gran esfuerzo, e intentando evitar el roce de su enorme abdomen, logré dar unas vueltas hasta que me armé de valor y poniéndome la mano en la frente dije de la forma más convincente posible:

— Lo siento, pero me he mareado. Tendré que sentarme.

Muy educadamente, Franz me acompañó hasta la mesa y se disculpó:

— Lo lamento, tal vez giré demasiado rápido.

— Oh no, no se preocupe por eso, no me encuentro bien, pero debe de ser por lo que bebí. La verdad es que no acostumbro a tomar alcohol, y cuando lo hago se me sube a la cabeza.

Diego se había puesto en pie y se abrochaba la americana cuando decidió:

— Será mejor que nos vayamos. Voy a despedirme de Julián.

Mientras él iba en busca del anfitrión me dirigí hacia la salida, y al llegar a un extremo del jardín, me

apoyé en una barandilla desde donde se divisaba parte del magnífico panorama. Fue entonces cuando oí una voz a mis espaldas que me hizo dar la vuelta inmediatamente.

— ¿Susana Manrique, supongo?

— Soy yo ¿Quién es usted?

— He estado toda la noche esperando a que me presentase Julián, pero en vista de que se marcha y no lo ha hecho, no he tenido más remedio que hacerlo yo. Soy Alfredo Arias Gómez. Aunque no sé si el nombre le dirá nada, porque hace mucho tiempo que no nos vemos, tantos que comprendo que no se acuerde de mí. Hace casi treinta años compartimos veranos en la casa de su abuelo Marcos.

— Lo siento, dije— de forma sincera,— me suena mucho su nombre pero ahora mismo me cuesta recordar. Tal vez es que estoy un poco mareada...

Mientras hablaba, llegó Diego acompañado de Julián.

— Iba a presentaros, pero por lo visto ya os conocéis.

— Menudo amigo estás hecho. Menos mal que he tenido el valor de hacerlo yo. Como suponía, no me recuerda. Y es lógico, porque han pasado casi treinta años y debo de haber cambiado mucho, ella, por el contrario, está igual. Y luego, dirigiéndose a mi marido le aclaró:

— Soy un antiguo compañero de infancia y juventud, pero no nos hemos vuelto a ver desde entonces.

Tenía ganas de irme y no quería ser descortés, así que le sugerí:

— ¿Qué tal si le doy nuestro teléfono y nos llama para hablar con más calma?

— Ya se lo daré yo, se ofreció Julián, ahora veo que tenéis prisa para ir a descansar.

Nos estrechamos la mano y nos dirigimos hacia el aparcamiento.

El camino de vuelta lo hicimos tan callados como a la ida, sólo que ahora no tuve humor para poner el CD, y apoyando la cabeza en el asiento, intenté relajarme. Abrí la ventanilla y agradecí que la brisa cálida me llegara a los pulmones. No podía dejar de pensar en el fracaso de la reunión, y me costaba reconocer que Diego estaba en lo cierto cuando sugería excusas para no asistir a estas cenas cuyo precio es el de representar un papel que no siempre es el adecuado. Pensé que el asomarme al exterior, alternar con gente, y ver un ambiente de lujo rompería mi monotonía y, sin embargo, ahora me sentía cansada y sólo el hecho de que alguien me reconociera después de tanto tiempo, puso la nota de consuelo al final de una velada que me resultó decepcionante.

II

Muchas veces me he preguntado por qué elegí esta profesión. Y las respuestas dependen de mi estado de ánimo. Unas veces me digo que porque mi padre me obligó y no quise contradecirle, otras, porque en el fondo creía que estudiando el alma ajena llegaría a conocer el gran misterio de la mía. Sin embargo, tengo que admitir que sigo ignorando los insondables abismos donde habita el subconsciente y los intrincados caminos por

donde circula la conciencia. Siempre me ha inquietado el problema de nuestra relación con este elemento al que no podemos diseccionar, y por otra parte, pienso que debí haberme decantado por la geriatría, pues intentar arreglar los desperfectos que el tiempo acarrea en nuestros cuerpos es una misión interesante. Pero mi padre quería que siguiera los pasos de mi abuelo, que era un psiquiatra de prestigio, y no tuve el valor de oponerme. Ahora, después de casi treinta años de profesión, sigo con la duda de si no me habré equivocado. Soy demasiado sensible para soportar el dolor ajeno, y la costumbre no ha aliviado mis sentimientos. Me siento responsable de todo, incluso de aquello que escapa a mis posibilidades de intervención. Un médico debe tener la capacidad de objetivar al paciente para poder analizarlo de forma neutral y yo me implico cada vez como si fuera la primera, lo que me mantiene en un estado de constante desasosiego. Me duele reconocer que la ciencia, que avanza de manera acelerada en muchas ramas de la medicina, se ralentiza, y hasta parece detenerse en el caso de la mía. Lo más sensato sería ceder a esta lucha frente a cuestiones insuperables, pero tengo la impresión de que si me rindo toda mi vida quedará reducida a un fracaso. Y no quiero admitirlo, porque la búsqueda es mi única esperanza, la única que me ofrece garantías para no desfallecer.

Si hago inventario de lo vivido hasta el día de hoy, pese a todas mis complicaciones psicológicas, que en el fondo no quiero aniquilar pues forman parte de mí, debo reconocer que he sido bastante afortunado. Saqué la plaza de Director del Psiquiátrico la primera vez que me presenté, compitiendo con preparados colegas, me enamoré de Susana, y poder casarme con ella fue un regalo del destino. Estaba cursando el doctorado y ella era una de las que estaban en primero de medicina, pero la diferencia de edad no pareció importarle, sino que por el contrario, me dijo que le gustaba la gente con mayor experiencia. Con el tiempo comprobé que lo que realmente buscaba era al padre que siempre tuvo distante.

Ayer la acompañé a la fiesta de Julián. Lo hice porque no quería quedar mal con ninguno de los dos. A ella le encanta salir y a mí no me importa que lo haga mientras no tenga que implicarme. Nunca me han gustado las fiestas sociales y siempre he acudido a ellas por motivos de compromiso o por circunstancias profesionales. Y sin embargo, amo a la gente, y me preocupan sus problemas, y he dedicado mi esfuerzo en intentar solucionar todo lo que ha estado a mi alcance, pero me fastidia el convencionalismo de la forzada educación, Susana sabe que tener que estrechar manos de gente que apenas conoces, sonreír sin ganas, utilizar frases correctas y la mayoría falsas, me resulta forzado, aunque a ella esto no

parece importarle, pero hay que reconocer que la fiesta de anoche fue un fracaso, porque justamente tuvo que bailar con un vienés obeso que al parecer no le hizo la menor gracia. La verdad es que debería haberme inventado una excusa para salvarla de un compromiso desagradable, pero confié en que sería lo suficientemente inteligente para solucionarlo ella misma, como así fue. Lo de que el alcohol la había mareado dio resultado. Pudimos escaparnos con total impunidad. A nadie pareció importarle nuestra marcha, a excepción de un amigo del anfitrión que era también amigo de la infancia de Susana, cuyo nombre no recuerdo, pero que por lo visto, él sí la recordaba muy bien. Tenía un aspecto agradable y por el poco tiempo que tuve para observarle me dio la impresión de que era una persona educada y atenta. Cuando me parezca oportuno le preguntaré a Julián de dónde le conoce. Susana no hizo ningún comentario y no quise sacar el tema porque estaba cansado y esperaré una ocasión más propicia para hacerlo.

Ahora estoy preocupado por Enrique, un muchacho que desde que se ha muerto su padre de un infarto, no levanta cabeza y amenaza con suicidarse, y para colmo la novia, viéndole en este estado, ha dicho que no soportaba tanta tristeza y que iban a dejarlo. El chico está destrozado, y sé que debo emplear todos mis argumentos para evitar que cumpla su promesa. Me impresionaba su